

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Diego CARCEDO

Aquí tenemos a nuestro eterno republicano de guardia, inasequible al desaliento, las 24 horas del día y los 365 días del año al pie del cañón, ¡ahí es nada! Si no tuviésemos siempre tan bien dispuesto a Antonio García Trevijano, lo mismo teníamos que fichar a un oriundo fuera a golpe de talonario para ejercer de republicano de moqueta. Una Monarquía como Dios manda no puede triunfar sin un republicano así, dispuesto siempre a lo que le echen, listo para asumir el más mínimo de los protagonismos que se le brinden. Habría que enseñarlo más, eso sí.

Antonio García Trevijano es, obvio es recordarlo, un personaje de museo polvoriento. Sorprende verde por ahí sin marco. Pío Baroja a buen seguro que le hubiese sacado un partido excelente. Es una pena, sí, que don Pío no viva para retratarlo con arte y maestría. Bueno, pues como decía, le tenemos de perpetuo republicano de guardia y eso nos evita algunos problemas, para qué negarlo, y nos cubre ciertas necesidades políticas. Con él diletando por ahí con sus ideas decimonónicas, la restauración de la Corona se ha consolidado de manera espectacular y gracias en gran parte a él y a sus correveidilería, don Juan Carlos y su familia pueden dormir tranquilos.

Imaginarlo presidiendo una República, como tantas veces creo que él ha soñado, puede suscitar sonrisas pero en seguida produce pánico. Pensando en ello, uno concluye que somos una sociedad, la española, con suerte. Tiene otra cosa buena, además: no se cansa nunca, jamás pierde la esperanza, es incombustible.

Hay quien dice, eso sí, y yo estoy de acuerdo, que la prueba más evidente de que nuestra Monarquía está bien afianzada es que García Trevijano sigue siendo republicano. Desde luego, y por la cuenta que nos tienen, yo le deseo que lo siga siendo muchos, muchísimos años. Y que le sigamos viendo por ahí, decorando con su bigote y sus gafas de con-



cha los salones abiertos a la *conspiración*, en cursiva, por favor; a lo suyo tampoco hay que darle tanta importancia.

Sin él esta España reciente recuperada por sus amos ancestrales parecería otra cosa... Él le pone la patina del tiempo al entorno aznarita. Es parte ya del paisaje de la villa y corte —que diría Julio Anguita— y del paisanaje de sus mentideros y contubernios. Ahí le tenemos

de republicano de guardia y en reserva para inspirar a un buen director de una película de intrigas. Luis María Anson —sin acento en la o, coño, que eso era antes—, que tanto sabe de tantas cosas, ha dicho, y a un periodista de su categoría una cosa así no se la voy a discutir, ha dicho, digo, que un día García Trevijano mostró el borrador que había redactado para una Constitución republicana.

O sea que, si ya hay un borrador de la Constitución, ahora sólo falta el resto. Mi duda es si se trataba de una Constitución ex profeso para España o si lo que hizo Trevijano fue exhumar de algún viejo legajo la copia hecha con papel carbón de la Constitución que redactó hace treinta y tantos años para que su amigo del alma Francisco Macías Nguema gobernase como gobernó en la sufrida República de Guinea Ecuatorial, recién inaugurada por Manuel Fraga. Por lo que se le oye, y últimamente oportunidades de escucharle afortunadamente no faltan, a él el Parlamento no le mola: prefiere el presidencialismo que, la verdad, suele ser más resultón y lucido.

Mientras, su vanidad va superando etapas y su afán de protagonismo logrando sobrevivir a los embates del tiempo. Para ello se apunta si hace falta a un bombardeo. Lo mismo se sienta en el sanedrín de la AEPI, comúnmente llamada *sindicato del crimen*, para decorar mejor la trama del acoso y derribo de marra, que se le encuentra en amor y compañía con lo más granado del franquismo residual que, si hace falta, se ve ensalzado en *Razón Española*. Nunca se sabe por qué, pero lo cierto es que García Trevijano está siempre donde están los que suelen estar a contrapelo.

Entre tanto, nunca faltan los que opinan que en una época tan proclive a las prejubilaciones y relevos generacionales, Trevijano, el gran *Trevi* que dirían los suyos si tuviera algunos, no está para tan agitados trotes. Mejor le iría disfrutando de sopitas y buen vino... No sé. Yo lamento discrepar; me encantan los pergaminos. ■